

La tragedia de Querétaro (Memorias de treinta años)¹

Juan de Dios Peza

Todavía recuerdo los estragos del hambre durante el sitio de la Ciudad de México en 1867. Era un caluroso mes de mayo; las gentes vagaban por las calles en busca de maíz y solían pagarlo, cuando lo encontraban, a cuatro, seis y siete reales el cuartillo. Se comía carne de caballo porque las de res y carnero se habían consumido, y en vez de pan, se devoraban galletas duras compradas a muy alto precio. Se acabaron las semillas y el pueblo pobre gemía desesperado sin encontrar frijoles ni pulque. El ejército sitiador cambiaba todos los días sus balas con el ejército defensor de la plaza, y rara era la vez en que no se oyeran estallar las granadas en las azoteas y en las calles.

Yo tenía quince años; había dejado el Colegio de Agricultura desde que lo ocuparon las fuerzas liberales, y miré con tristes ojos cómo la soldadesca sacó de los gabinetes de física y de zoología los más hermosos animales disecados, las más valiosas máquinas y los más costosos aparatos para que sirvieran, sobre las trincheras, de diversión y punto de mira a los sitiados, que las hicieron pedazos con sus metralas.

El nombre del general Porfirio Díaz corría de boca en boca; era el jefe supremo de los sitiadores, había tomado Puebla por asalto el 2 de abril, había derrotado a los franceses en Miahuatlán y la Carbonera y se tenía la seguridad de que en breve entraría triunfante por las calles de la capital para adueñarse del Palacio todavía decorado regiamente como principal morada de Maximiliano.

Nadie tenía ya confianza en los generales ni en los ministros; Márquez y Tavera, Lacunza y Lares, no contaban con la seguridad de ser obedecidos en un instante supremo.

La ciudad presentaba un aspecto pavoroso; lo que llamamos la aristocracia, las personas de abolengo, de dinero, de influencia, se habían comprometido en su mayor parte con el Imperio; los caballeros y las damas tenían el mismo temor de lo futuro, ellos por haber sido chambelanes del Emperador, ellas por haber sido damas de la Emperatriz. Ya se mandaban borrar de algunas portezuelas de los carruajes los blasones con que habían sido respetados y saludados por las guardias de argelinos, belgas y austriacos en las grandes recepciones de Palacio.

Los gastrónomos de paladar más delicado ya no se conformaban con comer carne de caballo; los pobres no llegaban a tanto, pero querían que pronto, muy pronto, tuviera un desenlace aquella situación insostenible.

¹ Juan de Dios Peza, “La tragedia de Querétaro (Memorias de treinta años)”, en *El Tiempo Ilustrado*, año V, núm. 234 (18 de junio de 1905), 383-387.

Cuando se veía pasar a caballo al general Márquez, las gentes le seguían con las miradas llenas de curiosidad y de espanto. Ese personaje, lugarteniente del Emperador, a quien todos obedecían sin réplica, a quien se le acusaba de grandes responsabilidades de despotismo y de sangre, que había conquistado sus grados militares en medio de constantes y rudas campañas, desde la guerra de Texas, y que había sido puesto fuera de la ley por el Congreso, ¿qué suerte correría al rendirse la Ciudad de México? Podría perdonarse a todos, pero a él no le estaba reservado ni un rayo de piedad; sus enemigos ambicionaban exterminarlo; sus camaradas políticos le hacían responsable de tantos delitos, que casi con el mismo afán deseaban su muerte.

—Éste no se escapará —decían todos al verlo sobre un caballo negro de grande alzada, cuyos cascos herrados resonaban imponentes en los guijarros de las calles.

No es fácil pintar la angustia de las familias; el Imperio reconocido por todas las naciones de Europa, apoyado por el monarca de mayor poderío y nombre, cobijó bajo su manto de púrpura a lo más selecto, rico, granado, elegante y conocido de la sociedad mexicana.

Siempre las altas clases buscan el prestigio, el deslumbramiento regio, el esplendor de los tronos, y en verdad que el drama monárquico en México se representó con toda la pompa y el fausto que sólo las cortes de Rusia, Francia, España, Inglaterra y Austria revestían en sus actos en aquella época.

Gastáronse verdaderos caudales en trajes, uniformes, condecoraciones, libreas, carruajes, caballos, banquetes, cacerías, coleaderos, bailes y representaciones dramáticas; en la ciudad cambiaron de aspecto desde las barberías de la época colonial con su cortina roja y blanca, su olla de sanguijuelas y su gallo amarrado a la puerta, hasta los patios del Palacio Imperial, que fueron aseados y arreglados como lo exigían las costumbres y el decoro de los monarcas.

Habían hecho su fortuna los peluqueros franceses, entre ellos, Mourlan y Escabasse, cuya especialidad era peinar señoras; no tenían un minuto libre en los días de recepción o de baile en Palacio. Comenzaban su trabajo antes del alba y muchas damas, bellísimas y elegantes, soportaban doce o catorce horas de inmovilidad para no despeinarse y concurrir a los salones como exigía la etiqueta.

Hubo ocasión, como en un cumpleaños o santo de la Emperatriz, que los dos peluqueros franceses trabajaron dos días antes del baile y sus clientes soportaron con angélica paciencia estarse quietas un gran lapso de tiempo para que ni el menor rizo perdiera su puesto en la aristocrática y atormentada cabeza.

Y por cada peinado cobraban lo que querían y los caballeros pagaban con gusto y sin lamentar el derroche la *toilette* de sus señoras, de sus hijas y aun de sus amigas.

Muchos de los oficiales franceses, alojados en casas principales, habían dejado inextinguibles recuerdos de su buen trato, de su obsequiosidad, de su arrogante apostura y de su habilidad para hacerse simpáticos y estimables.

Pero ya todo el ejército de Napoleón se había retirado, y al comenzar el mes de febrero de 1867 habían salido los últimos restos en los vapores que condujeron a Europa a monseñor Labastida y a varios ministros de Maximiliano.

Este Príncipe se había encerrado en Querétaro con lo mejor del ejército, con generales como Miguel Miramón, Tomás Mejía, Ramón Méndez, Severo del Castillo y tantos otros que estaban dispuestos, como lo probaron hasta el postrer instante, a dar su última gota de sangre en defensa de su soberano.

Y entre los sitiadores descollaban jefes como Escobedo, Corona, Rocha, Riva Palacio, Treviño, Naranjo, Doria, Altamirano, que estaban resueltos a sucumbir bajo la bandera de la República si no podían izarla sobre el Convento de la Cruz, reducto y cuartel general de los imperiales.

De aquella tremenda lucha, de aquel combate homérico, nada sabíamos en México; no llegaban noticias, y cuando solían llegar, las desfiguraban al grado de que echaban las campanas a vuelo en sonoros repiques, anunciando que el Emperador pronto volvería triunfante al Palacio, donde tanto se le extrañaba.

Y los sitiadores seguían impasibles disparando sus bombas sobre la ciudad hambrienta y desesperada, y los jóvenes, escapándonos a la vigilancia de nuestras madres, nos íbamos con estoico valor a los barrios de Tlatelolco, de Nonoalco, de la Tlaxpana, a ver junto a las trincheras cómo se enviaban y se recibían los mortíferos proyectiles de los ejércitos contendientes.

Ya no había pan, ya no había maíz, ya no se encontraba carne de caballo ni de mula; ya estaban cerradas todas las tiendas de abarrotes, todas las carnicerías, panaderías, vinaterías, etcétera, y del seno de las masas populares se alzaba un rumor fatídico que era el grito del hambre, el ¡ay! de la desesperación, la agonía espantosa de la miseria.

De pronto se supo que el general Tavera había tratado con el general Díaz de la rendición de la plaza en condiciones ventajosas para sus pacíficos habitantes.

Y la noticia fue cierta y el ejército liberal se adueñó de la ciudad y entraron por todas partes los comestibles y se abrieron las casas de comercio y entró el pulque en carros adornados como los del Sábado de Gloria y renació la alegría y el pueblo en masa corrió a la Plaza de Armas a vitorear al general Díaz, que con el mayor tino, la mayor prudencia y la mayor gloria, ocupaba el más alto puesto en el Salón de Embajadores, circundado por la aureola luminosa del valor, del prestigio y de la victoria.

¿Y qué había sucedido con Márquez? Nadie pudo averiguarlo, nadie lo sabía, nadie se daba cuenta de su desaparición y durante mucho tiempo nadie logró averiguar lo más mínimo.

Se perdió de vista, se esfumó en la sombra, se libró de la muerte como el más sagaz y más listo de los humanos.

Alguna vez referiré lo que me han contado acerca de su fuga.

No pudo escaparse de igual manera don Santiago Vidaurri, y una vez identificado, lo fusilaron en el atrio de Santo Domingo, junto a la puerta de la Capilla del Señor de la Expiración, mientras cruelmente una banda de música tocaba la popular canción de *Los Cangrejos*.

Yo lo vi desde las puertas de la Escuela de Medicina; lo fusilaron por la tarde y ocupó su sitio todo trémulo por la edad y porque estaba enfermo.

El general Tomás O’Horán tampoco pudo librarse de ser aprehendido. Había en su contra grandes acusaciones; no era posible salvarlo a pesar de las grandes gestiones que para ello hizo el liberal y enérgico Agustín del Río, y lo fusilaron en la plazuela de Mixcalco, en el famoso “rincón de los muertos”, donde los franceses habían pasado por las armas a centenares de republicanos, entre ellos a Nicolás Romero, el león de las montañas, a Higinio Álvarez y a otros muchos guerrilleros.

O’Horán murió con valor estoico y él mismo dobló sobre su pierna el pañuelo con que se vendó los ojos.

No bien entró el general Díaz, se supieron noticias exactas de lo que había pasado en Querétaro.

¡Qué desastre!

Méndez, Maximiliano, Miramón, Mejía habían sido fusilados.

—¡Cómo! —exclamaban los viejos conservadores—. ¿Al descendiente de cien reyes, al nieto de Carlos V, al hermano del Emperador de Austria, se le mata como a un bandolero? La Europa entera vendrá sobre nosotros; el mundo civilizado reprobará nuestra conducta, y tan grande será la venganza ¡que va a desaparecer la nacionalidad mexicana!...

—¿Cómo pudo caer Querétaro —se preguntaban las gentes— con tan bravos e ilustres generales, con soldados tan fieles, con elementos tan poderosísimos?

Y se contestaban:

—Ha vendido al Emperador y a toda su gente, el coronel Miguel López, compadre del Soberano, jefe del Regimiento de la Emperatriz...

Y por las calles pasaban los papeleros voceando unos versos que comenzaban así:

*El coronel Miguel López,
ya vendió a su Emperador,
y esta mancha no se quita
ni con un “rial” de jabón.*

Pasada la impresión grata que a cada habitante produjera mirar cómo entraban por las garitas los carros cargados de semillas y de frutas tropicales, las terneras, los carneros, los cerdos, los huacales repletos de pollos y gallinas, las canastas henchidas de hortalizas y todo cuanto no se había visto en los sesenta días de sitio, tornose en estupefacción la alegría al darse cuenta de lo siguiente:

Querétaro había caído en poder de los republicanos el 15 de mayo, entrando al Convento de la Cruz los jefes liberales Francisco A. Vélez, coronel Agustín Lozano y coronel José Rincón Gallardo, guiados entre la oscuridad de la noche por Miguel López.

Maximiliano entregó su espada al general vencedor cuando vio desde el Cerro de las Campanas que todo estaba perdido. Miramón, herido en la cara, se refugió en la casa del doctor Licea y allí lo sorprendieron y lo llevaron preso. Mejía fue también aprehendido y, después de un consejo de guerra en que los abogados Martínez de la Torre y Mariano Riva Palacio, ayudados por don Eulalio Ortega, hicieron poderíos por salvar a Maximiliano, éste y sus generales fueron condenados a muerte y se les ejecutó la mañana del 19 de junio. El bravo general Ramón Méndez, sorprendido en una caballeriza, donde se escondió debajo de un pesebre, fue fusilado muchos días antes que su soberano y sus compañeros de armas.

¿Fue López, en realidad, un traidor a quien se debió la caída de Querétaro de una manera tan inesperada? Don José Luis Blasio, secretario particular del Emperador, dice a este respecto:

A todos los prisioneros nos consta que el coronel del regimiento de la Emperatriz se paseaba descaradamente, luciendo todavía ese uniforme que había deshonrado, por las calles de Querétaro, unas veces a pie y otras a caballo, entre los oficiales liberales, cuando ya todos estábamos presos. Por último, a todos nos constaba también que López no tenía absolutamente bienes ningunos de fortuna, y en México recibió una regular suma de dinero poco tiempo después de la caída del Imperio, y más tarde la empleó en un gran establecimiento de baños, situado en la calle de Hidalgo, baños que se incendiaron algún tiempo después y que reconstruyó, comprando entre otros materiales rieles viejos en los ferrocarriles, hecho que me consta pues largo tiempo fui empleado de un ferrocarril.

Cuando en 1887, y por la enfermedad que puso al borde del sepulcro al general Escobedo, se suscitó la campaña periodística mencionada, y López publicó el apócrifo que ya leyeron mis lectores, don Gonzalo Esteva, persona honorabilísima que era entonces director de *El Nacional* y ahora ministro de México en Italia, me dijo que: “Por conducto de un sacerdote que aún vive y cuyo nombre no quiero mencionar, López le había mandado a ofrecer dos mil pesos para que diera por terminada la polémica o tomara su defensa”.

Y don Gonzalo Esteva dijo al sacerdote que sólo por su carácter de eclesiástico no lo mandaba arrojar por sus criados, pero que le suplicaba no volviera a poner los pies en la redacción de su periódico, ni en su casa.

Hace poco tiempo, un señor notario de León, Rafael S. Torres, publicó un *Estudio histórico* sobre la traición de Querétaro y afirma, después de catorce años de estudios y de dudas, “que el coronel López fue mandado por el Emperador, que López visitó al Emperador en su prisión después del 15 de mayo, y que había entre el Emperador y el coronel grande intimidad” (197). Dice después “¿qué clase de traición fue la cometida por Miguel López cuando, ya consumada y preso Maximiliano por consecuencia de ella, todavía continúan teniendo intimidad y frecuentes entrevistas el traidor y el traicionado en la prisión de éste?” (198).

¡Miente quien diga que López visitó una sola vez siquiera al Emperador en su prisión! ¡Miente quien diga que el traidor y el traicionado tuvieron intimidad y frecuentes entrevistas, preso ya el segundo! Vivimos aún algunos de los que estuvimos en la misma prisión de su majestad, y desde el 15 de mayo hasta el 24 del mismo en que se puso incomunicado al Emperador, lo vimos día a día y hora por hora. Desde la segunda fecha hasta el día del fusilamiento, 19 de junio, el doctor Basch y los criados Grill y Tudos no se separaron de él un momento y todos aseguramos bajo nuestra palabra de honor que jamás López se presentó en la prisión. ¿De dónde toma el señor notario Torres semejantes datos?

La carta dirigida al general Leyva por el general don Porfirio Díaz y de que habla en su libro el señor Iglesias Calderón, en que el general afirmaba que Maximiliano le había ofrecido entregarle el mando de las fuerzas encerradas en México y en Puebla, no es una nueva traición. El Emperador que había resistido a las instancias del mariscal Bazaine de llevarlo consigo al retirarse del país, que había accedido a quedarse a ruegos del Consejo de Estado de los Ministros y de los funcionarios que en Orizaba le ofrecieron recursos y hombres para continuar en el poder, bien veía que tales recursos no existían, que la voluntad general de la nación le era contraria, que mientras que el Imperio se reducía a cuatro o cinco ciudades, todo el inmenso territorio pertenecía ya a los republicanos: comprendía su situación y al dirigirse al más leal y caballeroso de sus amigos bien podía esperar de él algunas concesiones para sus jefes, sus oficiales y sus partidarios.

En cuanto al dicho de un señor Idrac con el padre Soria, quién sabe cuál haya sido la interpretación de sus palabras.

En fin, Emilio Olliver, en su libro *L'Empire libéral* dice que la disertación del señor Iglesias Calderón ha destruido definitivamente la leyenda de la traición de López; eso podrá haber sucedido en Francia donde pocas personas, sin duda, conocen los documentos que hoy se publican en este libro; pero en México puedo asegurar que no hay uno de los contemporáneos que detenidamente haya leído cuanto se refiere a la toma de Querétaro que dude ni por un instante de la traición del coronel del regimiento de la Emperatriz.

López duerme ya el sueño de la tumba; la Justicia Divina debe haber pronunciado su fallo sobre el espíritu del traidor; en el eterno silencio del sepulcro se encuentran ya el coronel y su víctima, y sería tarea ingrata ensañarse más sobre el que no puede hablar; pero si la leyenda ha quedado destruida, queda la historia justiciera, y ésta marcará siempre con el estigma de Iscariote el nombre de Miguel López.

El señor Blasio presenta documentos y expone razones que, los que lean su obra, por cierto, muy interesante, sabrán apreciar debidamente.

